

HOTEL DE PASO

O

EL SUICIDIO

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

PERSONAJES:

SIMÓN

ELSA

ESCENOGRAFÍA: *Cuarto de hotel de paso de clase media. Tiene su teléfono, su televisión y su cuarto de baño. En una mesita se encuentran botellas de refrescos, una botella a medio llenar de ron, restos de una pizza, vasos y cenicero con colillas.*

ÉPOCA ACTUAL. 2000

Es de madrugada. Al abrirse el telón vemos el cuarto a oscuras, lo ilumina el letrero de hotel que se encuentra en el exterior y que se alcanza a ver desde la ventana del cuarto. Elsa y Simón duermen. Se escucha una sirena en la calle. Elsa despierta asustada. Se sienta en la cama. Un momento después, ya más calmada ve a su compañero. Sonríe. Trata de dormir de nueva cuenta. No puede. Se sienta. Ella usa un fondo como única prenda de vestir, él usa un calzón solamente. En las sillas está el resto de la ropa. A Elsa le da frío, trata de taparse mejor con las cobijas. No lo logra. Jala la cobija y con esto despierta a Simón. Éste se despierta sobresaltado.

SIMÓN.- Qué... qué.

ELSA.- Nada, vuélvete a dormir.

SIMÓN.- Me despertaste.

ELSA.- Tengo frío.

SIMÓN.- ¿Para decirme eso me despiertas?

ELSA.- Quería taparme.

SIMÓN.- ¿Y?

ELSA.- Tú tienes todas las cobijas.

SIMÓN.- Jálalas.

ELSA.- Eso hice. (*Simón se destapa completamente. Le arroja las cobijas a Elsa. Se acurruca en la cama. Elsa se cubre bien. Ve a Simón*). Tápate tú también, te vas a resfriar.

SIMÓN.- ¡Me vale! ¿O a ti te importaría? Si quiere que me de una pulmonía. A estas alturas del partido puede darme lo que quiera, hasta Sida.

ELSA.- No es bonito tener frío.

SIMÓN.- Yo no sabía que el frío puede ser bonito o feo. (*Elsa lo arroja. Él se deja hacer.. Ríe*). Tú sí que eres mañosa, has de querer que te haga otra vez el amor y buscaste este pretexto. Con decirlo... Para eso estoy. ¿O no?

ELSA.- Me despertó el ruido de una sirena.

SIMÓN.- ¿Patrulla o ambulancia?

ELSA.- No sé.

SIMÓN.- Deberías, no suenan igual.

ELSA.- Me asustó.

SIMÓN.- Tienes frío y tienes susto. ¿Qué más?

ELSA.- Tengo miedo, mucho miedo.

SIMÓN.- Mira, mejor vamos dejándolo.

ELSA.- No.

SIMÓN.- Quién te entiende.

ELSA.- ¿No puedo tener miedo?

SIMÓN.- Pues fíjate que no. Si uno decide hacer algo, se hace y ya, nada de que me da miedo.

ELSA.- Toda la vida he sido miedosa. Me daba miedo mi papá cuando se enojaba, me daba miedo la noche, me daba miedo...

SIMÓN.-¿ Yo también te doy miedo?

ELSA.- No, tú no.

SIMÓN.-¿ Entonces?

ELSA.- Perdóname.

SIMÓN.- Ya sabes que me caga que para todo pidas perdón.

ELSA.- Perdón.

SIMÓN.- ¡Otra vez!

ELSA.- Perdón, perdón, perdón.

Desesperada se pone a llorar. Simón molesto la contempla. Después la abraza, le besa la cara.

SIMÓN.- Solamente los que tienen culpa deben pedir perdón.

ELSA.- Yo tengo culpa.

SIMÓN.- No.

ELSA.- ¡Soy casada!

SIMÓN.- ¿Cuántas veces hemos hablado esto?

ELSA.- El hablar no soluciona nada.

SIMÓN.- Yo pienso que sí. Malo es no hablar.

ELSA.- Soy casada y tengo una niña.

SIMÓN.- Parece que fuera la primera vez que hablara contigo. *(Imitándola)*. “Mi nombre es Elsa, soy casada y tengo una niña, mi marido me abandonó”

ELSA.- No te burles.

SIMÓN.- Tenemos cerca de un año de vernos. Yo sé todo lo tuyo y tú sabes todo lo mío.

ELSA.- No, no es verdad. ¿Qué sé de ti? Que te llamas Simón, que trabajas en Hacienda.

SIMÓN.- De burócrata, a mucha honra.

ELSA.- Que eres soltero, o al menos eso me has dicho.

SIMÓN.- Lo soy.

ELSA.- Y eso es todo.

SIMÓN.- Te faltó decir que gano poco, que me gusta el chupe, que te quiero mucho.

ELSA.- Ya ves. No sabemos nada.

SIMÓN.- ¿Para qué queremos saber? ¿No te basta saber que yo te gusto y que tú me gustas? ¿Saber que te deseo un chingo? No se necesita más. ¿O sí?

ELSA.- No sé.

SIMÓN.- Te puedo hacer una larga lista de lo que tú eres, de lo que te gusta, de lo que te molesta, de lo que quieres. Mi conocimiento de ti es mucho mayor de lo que te imaginas. Por algo ando contigo.

ELSA.- Nada de eso me has dicho.

SIMÓN.- ¿Para?

ELSA.- Para saberlo. Nada más para eso.

SIMÓN.- Te lo voy a probar. Empecemos con la comida.

Elsa ríe.

ELSA.- ¿Con la comida?

SIMÓN.- Claro. Será que ya tengo hambre.

ELSA.- Quedó un poco de pizza. ¿Quieres?

SIMÓN.- Fría no me gusta.

ELSA.- La próxima vez traigo mi horno de microondas.

SIMÓN.- Ya ves cómo eres. Ya me estás cotorreando.

ELSA.- Ibas a decir lo de la comida.

SIMÓN.- Te gusta el pozole, pero el rojo, no el blanco, además no debe picar tanto. Le pones el doble de cebolla que yo. Nunca te comes las tostadas.

ELSA.- Engordan.

SIMÓN.-Sí, mucho que te preocupa eso. Bien que le entras a los helados. Sobre todo a los de sabores raros. Helado de elote, helado de aguacate, helado de zapote negro. Tú sí que eres complicada.

ELSA.- ¿Por qué complicada? Son gustos.

SIMÓN.- Sí, pero yo soy el pendejo que tengo que ir hasta la fregada para comprártelos. Si tragaras helado de chocolate o de vainilla sería otra cosa.

ELSA.- ¿Qué más?

SIMÓN.- Te diré algo tuyo que me molesta.

ELSA.- Estábamos hablando de la comida.

SIMÓN.- Así es. Me molesta que ni cuando comes mole quieras tomarte una chela. Eso no se vale. Yo siempre quedo como el pedo de la familia. Y sí, no digo que no me guste el chupe...

ELSA.- Te prometo tomarme una la próxima vez. (*Sonríe. Después se pone seria. Se hace un incómodo silencio*). Bueno, eso es un decir, no habrá otra vez.

SIMÓN.- Si seremos brutos. Los condenados a muerte tienen chance de pedir lo que quieran la última noche. Y nosotros pidiendo una pizza hawaiana. Imagínate cuando nos hagan la autopsia. Vamos a tener la barriga llena de pedazos de piña. ¡Guácala!

ELSA.- ¡Por favor!

SIMÓN.- Ya te volviste a molestar.

ELSA.- Parece que te divierte todo esto.

SIMÓN.- Ya te arrepentiste ¿verdad?

ELSA.- No.

SIMÓN.- Si es así por mí no hay fijón. Yo sí lo voy a hacer. Me vale madres que tú no lo hagas.

ELSA.- No es eso.

SIMÓN.- ¿Tons?

ELSA.- Nada.

SIMÓN.- Como última cena hubiéramos traído, no sé, una cochinita pibil, un gran plato de frijoles. Total, ya no hay peligro de los gases. *(Ríe)*. Y de bebida unas cerbatanas bien helodias, nada de vinos europeos o algo así. A mí, mis timbres. Me quedo con mi tequila, mi mezcal y mis chelas.

ELSA.- Yo hubiera preferido una sopa de mariscos, un pescado a la Veracruzana, unas jaibas rellenas...

SIMÓN.- Ya salió la costeña.

ELSA.- Eso es lo que más me gusta.

SIMÓN.- Si no lo voy a saber. Siempre pides lo más caro en los restaurantes. Que camarones, que un Vuelve a la Vida...

ELSA.- No volveremos.

SIMÓN.- De qué hablas.

ELSA.- De eso, de volver a la vida.

SIMÓN.- Pues sí, no, no volveremos. Sólo que sea de aparecidos para jalarle las patas a todo el mundo. ¿A quién se las jalarías tú? Las patas, digo. No vaya a ser que te aproveches...

ELSA.- Qué gracioso.

SIMÓN.- Yo se las jalaría a tus papás, y por qué no, también a los míos. Que paguen sus tiznaderas. Después a mis cuñados, a mis jefes, a...Ya sé a quién se las vas a jalar tú, a tu ex. ¿A poco no? A él y a su vieja con la que vive.

ELSA.- Si de verdad se pudiera no me contentaría con jalarle los pies, yo le jalaría otra cosa hasta arrancársela.

Simón ríe con ganas.

SIMÓN.- Ah, jijos. Tú sí que saliste peor que yo. Si le haces eso con qué va a miar después. (*Los dos ríen*). Mira, esa es una de las cosas que ignoro de ti. ¿Tu ex te hacía disfrutar la cama; cómo te hacía el amor, de perrito, de angelito, de...?

ELSA.- Contigo es con quién disfruto.

SIMÓN.- Si no lo dices te doy un par de chingadazos. Si alguien es bueno en la cama ese soy yo.

ELSA.- Todos los hombres dicen lo mismo.

SIMÓN.- ¿Cómo lo sabes. Te lo han dicho a ti? Mira la mosquita muerta.

ELSA.- Las mujeres nunca andamos presumiendo que seamos buenas en la cama. Ustedes siempre. Y permítame que lo dude.

SIMÓN.- Con qué a esas vamos. ¿Quieres que te lo pruebe en este mismo segundo?

ELSA.- No.

SIMÓN.- Ya sé, te duele la cabeza.

ELSA.- No, por qué.

SIMÓN.- Todas las viejas dicen que les duele la cholla cuando no quieren complacer a sus respectivos.

ELSA.- ¿Te lo he dicho alguna vez?

SIMÓN.- No.

ELSA.- Entonces no hables.

SIMÓN.- ¿Siempre sí, le damos o le damos? Ya tengo otra vez ganas.

ELSA.- No.

SIMÓN.- Que conste, luego no digas que no soy el mero mero.

ELSA.- (*Temerosa*) ¿A qué horas...?

SIMÓN.- Cuando tú digas. Si quieres ahorita mismo.

ELSA.- Pensé que iba a ser ayer en la noche. Hoy es domingo.

SIMÓN.- Y tienes que ir a misa.

ELSA.- Los domingos...

SIMÓN.- No me digas que piensas que los domingos son benditos, que son el día del Señor. Que hoy no circulo. No mames.

ELSA.- No te burles de eso, ya sabes que yo sí creo.

SIMÓN.- Si creyeras no harías lo que vas a hacer. Eso es pecado. ¿O no?

ELSA.- Por favor, no me lo recuerdes. Yo... (*Trata de controlarse pero no puede. Lloro*).

SIMÓN.- La mera neta es que no te entiendo. Tuya fue la idea y ahora parece que casi yo te estoy forzando. Dices tener miedo, te pones a llorar, sólo falta que me digas que yo soy el responsable de todo esto. A mí nunca se me hubiera ocurrido y eso que yo no creo en esto de la iglesia.

ELSA.- Es que ya no sé. Una cosa es pensarlo y otra es hacerlo.

SIMÓN.- Tú no lo vas a hacer, lo voy a hacer yo. En eso quedamos.

ELSA.- ¿Hay algo de bebida?

SIMÓN.- Deja ver. (*Simón de un brinco se levanta y va a la mesita. Toma la botella, la examina*). Queda un cuarto. ¿Quieres?

ELSA.- No quiero, lo necesito. Sírvemelo con agua, así sabe menos feo.

SIMÓN.- Si no es purga; si le vas a hacer ascos mejor me la tomo yo.

ELSA.- Como quieras.

SIMÓN.- No, mejor vamos mita y mita. (*Sirve lo que queda de la bebida en dos vasos*). Ahora le echamos su agüita para que parezca más. (*Lo hace*). Si tuviera

hielos le pondría dos para ti y dos para mí. *(Hace la mímica de servir los hielos)*.
La movemos un poco...y ¡ya está! *(Le da el vaso a Elsa)*.

ELSA.- Gracias.

SIMÓN.- *(Bebe un trago)*. Ni en el Bar Co Chiquito lo sirven así. ¡Soy un chingón para esto!

ELSA.- *(Bebe un trago)*. Sabe feo.

SIMÓN.- Con que no te lo tomes. *(Elsa da un largo trago. Hace gestos)*.

No seas payasa, si bien que le entraste a los tragos anoche.

ELSA.- Quería que se me subiera.

SIMÓN.- Y el único que se te subió fui yo. *(Ríe de su chiste. Ella no ríe)*.

ELSA.- ¿Cuánto hay que tomar para perder el conocimiento, para no darte cuenta de nada, para olvidar?

SIMÓN.- Depende jo...ven, depende de tu resistencia. A unos se les trepa a las primeras de cambio, en cambio a otros, como tu servilleta, aguantamos vara. A mí no me tumba ni una botella de tequila para mí solo. ¿Cómo la ves desde ahí?

ELSA.- Una vez que bebí mucho menos que ahora me puse hasta atrás.

SIMÓN.- ¿Para qué querías ponerte así, para no sentir? Las balas no se sienten y si se sienten es por una fracción de minuto. Ni que fueras tan delicada. La pistola hace ¡Pum! y tu cabeza hace ¡Pum, pum! ¡Y ya!

ELSA.- Hubiera preferido mejor unas pastillas o...

SIMÓN.- Puedo salir a comprarlas.

ELSA.- Se necesita receta médica, son barbitúricos.

SIMÓN.- La mejor receta es la lana, con esa baila hasta el perro de tres patas. Y si algo me sobra es la laniza. Además para qué la voy a querer después. En el pantalón debo traer unos mil pesos. ¿Crees tú que alcance? Fue parte del dinero que me dieron de aguinaldo. Va a estar bien usado.

ELSA.- ¿Qué otras formas hay?

SIMÓN.- Ya te dije que yo no creo en nada de eso, ni en el cielo, ni en el infierno y menos en el purgatorio. Purgatorio, fúchila, a mí las purgas como que no me van. Al morirte se acaba todo, entiende, ¡todo! Lo demás son jaladas.

ELSA.- No hablo de eso.

SIMÓN.- ¿Tons?

ELSA.- ¿Qué va a pasar aquí, en la tierra, en la ciudad, en la familia?

SIMÓN.- Con los balazos van a venir todos los del hotel corriendo. No conseguí una pistola silenciosa. A golpes tirarán la puerta. Desde ahí verán nuestros cuerpos; yo encima de ti, cómo debe ser, los dos dejando que nuestra sangre se mezcle y no se sepa ya cuál es la tuya o cuál es la mía. También como debe ser. Los mirones gritarán, dirán que avisen a las patrullas, a la Cruz Roja, a la policía. Al rato este cuarto estará lleno de gente: policías, médicos, enfermeros, camilleros, periodistas, gente de la tele, vecinos de cuarto. No faltará el que diga que nos suicidamos por amor y hasta suspire. Los fotógrafos buscarán nuestro mejor ángulo. Mejor en el aspecto del morbo no de la belleza. Una foto donde se vean los agujeros de las balas o alguna foto en que se te vea una chichi o a mí las nalgas. No faltará el judas que esculque nuestra ropa y se clave mis billetes de doscientos que traigo. Debí haberme comprado un pijama de seda negra y a ti un camisón de esos transparentes. No que me van a ver con estos calzones cagados y a ti con este fondo de la Lagunilla.

ELSA.- Yaaa.

SIMÓN.- Tú preguntaste.

ELSA.- Pero no eso.

SIMÓN.- No quieres saber del más allá ni del más acá. Decídet.

ELSA.- Pregunté por mi hija, ella es la que me interesa.

SIMÓN.- La tiene tu hermana ¿no?

ELSA.- Ahorita, pero mañana...

SIMÓN.- Ni modo que la ponga en la banqueta.

ELSA.- Debí decirle algo, prepararla.

SIMÓN.- No te hubiera recibido a tu hija.

ELSA.- Pues sí, al menos Elsita se lleva bien con sus primos.

SIMÓN.- Y aunque no se llevara.

ELSA.- Mi hermana no tiene mucho dinero.

SIMÓN.- ¿Quién lo tiene? Quita a los ricachones y no queda nadie. Ni tú, ni yo, ni nuestras familias. Puros pránganas.

ELSA.- Por eso me preocupo. Si no le alcanza es capaz de llevarla a un hospicio. Y eso sí no.

SIMÓN.- Donde comen dos comen tres. Ella es su madrina ¿o no?

ELSA.- Sí.

SIMÓN.- Ya ves. Es como si fuera su madre.

ELSA.- Me va a extrañar.

SIMÓN.- A huevo. Ni modo que no.

ELSA.- No quiero que sufra como yo.

SIMÓN.- No va a sufrir. Tu hermana es a todo dar.

ELSA.- Pero Julián...

SIMÓN.- Ese sí quién sabe.

ELSA.- Yo no le paso.

SIMÓN.- Yo menos. Hace como dos meses estuvimos por darnos de chingadazos cuando lo del Toluca. No sé para que me llevaste a ver el partido allá. Ni chelas tenían.

ELSA.- La verdad que tú también tuviste culpa. Te pusiste a gritar como loco cuando metieron el gol.

SIMÓN.- Grito porque soy libre, porque estoy en un país libre. Grito porque se me hinchán.

ELSA.- No era tu casa.

SIMÓN.- Ya lo sé. ¿Y? La neta que si alguien va a mi cantón y se pone hasta atrás, y grita y rompe cosas, pues yo lo dejo. Esas son reglas de urbanidad, como decían en mi escuela. Y yo soy muy urbano. Que eso te quede claro. Urbano, urbano.

ELSA.- Julián le puede decir a Margarita que la lleve a otro lado, que él no la quiere en su casa. Y tendrá razón. ¿Por qué él la tiene que mantener? ¿Por qué tiene que pagar la escuela? Mi hija ya va a entrar a secundaria y eso es más caro.

SIMÓN.- Te voy a decir en que va a acabar todo. Los primeros días la consienten, después les empieza a llenar el hígado de piedritas, un mes adelante ya no la soportan. Y entonces...

ELSA.- Es lo que temo, que le lleven a un hospicio.

SIMÓN.- No, no la van a llevar a ningún hospicio, la van a llevar con su papá, tu ex. Él tiene la obligación. Es su hija... ¿o a poco le jugaste chueco y es del carnicero o del lechero?

ELSA.- Es de él.

SIMÓN.- Y como buen padre que es la debe aceptar, mantener y apoyar.

ELSA.- Prefiero que la lleven al hospicio.

SIMÓN. ¿Más que con él?

ELSA.- Sebastián fue el que destrozó mi vida y ahora tú quieres que le dé a mi hija por la que nunca se ha preocupado. Desde que nació no me ha dado un quinto para mantenerla. Ni cuando estuvo enferma me quiso dar nada. ¡Es un desgraciado!

SIMÓN.- Olvídalo.

ELSA.- Lo que se odia nunca se olvida. Es más fácil olvidar a lo que se ama. Por ejemplo en estos días no he pensado en mi mamá.

SIMÓN.- Otra vez te diré que quién te entiende. Toda la vida me has hablado mal de ella y ahora me sales con que la quieres, que la extrañas, que cuchi cuchi.

ELSA.- Es mi madre.

SIMÓN.- Y sólo por serlo la tienes que querer ¿verdad?

ELSA.- Sí. Lo mismo espero que le suceda a mi hija. Que me ame a pesar de lo de hoy, a pesar de que va a saber que estuve contigo...

SIMÓN.- Voy, voy. ¿Qué te pasa calabaza? Si a mí me quiere un chingo la escuincla.

ELSA.- Pero no sabe que te acuestas conmigo, que eres mi amante. Y algún día lo va a saber, sino hoy mismo.

SIMÓN.- Lo que deberían decirle es que yo sí te amo, que yo...

ELSA.- Le van a decir que tú me mataste, que tú disparaste la pistola. Eso le van a decir, no que me amas.

SIMÓN.- Eso no, te lo aseguro.

ELSA.- ¿No? No conoces a mi gente. De mí van a decir tantas cosas. Pobre de mi hija.

SIMÓN.- ¿Le dejaste alguna carta, algo donde le expliques el por qué de tu muerte, donde le digas que la amas, que....?

ELSA.- No. Eso no cambia nada.

SIMÓN.- Yo creo que sí. Ahorita la puedes hacer. En la recepción me pueden prestar una hoja. Yo traigo pluma.

ELSA.- ¿Tú escribiste una?

SIMÓN.- Yo no.

ELSA.- Ya ves.

SIMÓN.- Lo mío es distinto, no tengo hijos.

ELSA.- Pero tienes padres. Ellas también van a querer saber.

SIMÓN.- ¿Qué quieres que les diga? ¿Que me mato por seguir a una mujer que decidió hacerlo? Yo no tengo como tú motivos. Tú y tus pinches depresiones.

Se hace un largo silencio. Elsa se sienta en la cama. Del buró toma un cigarro, lo prende, fuma. Él finge dormir pero la mira de cuando en cuando. Elsa lentamente empieza a llorar, lo hace quedamente, como para ella sola. Él se sienta, le quita el cigarro, da una chupada, lo apaga, la mira.

SIMÓN.- Lo que me faltaba, que te pusieras como siempre a llorar.

ELSA.- No estoy llorando.

SIMÓN.- No, qué va, si no viera tus lágrimas de cocodrilo.

ELSA.- No son de cocodrilo. Si lloro es por algo.

SIMÓN.- ¿Me puedes decir porqué lloras? El otro día parecías una Magdalena porque te dijo no sé que cosa tu jefa, hace una semana porque los vecinos...

ELSA.- ¿No se te hace motivo suficiente que todos ellos te volteen la cara o te miren como a una asesina?

SIMÓN.- No exageres.

ELSA.- Ellos me culpan de que robaron el departamento de Meche, que si no hubiera dejado abierta la puerta del edificio...

SIMÓN.- En eso tienen razón.

ELSA.- No soy la única que lo hace. Y no, a los demás no les dicen nada, sólo a mí.

SIMÓN.- Mándalos a que chinguen a su madre.

ELSA.- Tú todo lo arreglas muy sencillo, y no es así. Si te cuento algo de mi hija dices que la mande por un tubo, que lo que me hace mi ex, lo mismo; si te cuento que mis reglas se me atrasan y no aguanto el dolor cuando me baja, me sales con algo igual.

SIMÓN.- Eso es lo que hay que hacer en la vida, enfrentarse a los problemas y si no los puedes solucionar pues los mandas por un tubo, o por dos, o por cinco.

ELSA.- A mi hija no la voy a mandar por un tubo, a ella la amo más que a nada en la vida, me puede gritar como lo hace, me puede hasta amenazar con pegarme como alguna vez lo ha hecho, me puede casi desconocer, decir que se quiere a ir a vivir con su padre y hasta decirme que no me quiere...Nada de eso me importa, es mi hija y yo sí la quiero. Tú porque no tienes hijos no sabes...

SIMÓN.- Vamos a dejar a tu hija de lado. En eso no me meto. Hablo de tus otros llantos. Lloras por todo, hasta por si se movió una mosca. Que si matan a otra mujer en Juárez tú te sueltas llorando, que ves a un niño de la calle y haces lo mismo, que dicen que los indios de no sé dónde se mueren de hambre tú a soltar las cataratas de lágrimas.

ELSA.- Lloro porque son sensible, no soy de piedra como tú. Lloro por las injusticias y lo de las muertas de Juárez, los niños de la calle, los que mueren de hambre son una injusticia.

SIMÓN.- ¿Me puedes decir que has ganado con tanto líquido derramado? Ni maíz.

ELSA.- Eso crees tú.

SIMÓN.- ¿Ya no matan, ya los niños tienen casa, ya les llevaron cosas de tragar a la indiada. ¿Verdad que no?

ELSA.- No es indiada.

SIMÓN.- Cambiemos mejor de tema, nos vamos a enojar y no tiene caso. Lloro por lo que quieras. Si eso te gusta...Es tu pedo, no el mío.

ELSA.- No sé por qué pero estoy empezando a creer que tú sí me vas a matar pero tú no lo vas a hacer. Di que no es cierto. Eres como todos los hombres, muchas promesas y nada de cumplirlas.

SIMÓN.- Yo siempre cumplo lo que digo.

ELSA.- Dijiste que algún día te ibas a casar conmigo y no lo has cumplido.

SIMÓN.- Dije que algún día. Ese día aún no llega.

ELSA.- Claro que no. Habrá que esperar cien años para que se presente. Eso es no cumplir.

SIMÓN.- Te iba a decir que nos casemos en un mes, lo podemos hacer en Cuernavaca. Será en una iglesia llena de flores.

ELSA.- En primer lugar no me puedo casar en una iglesia pues estoy casada y los curas no permiten que te divorcies.

SIMÓN.- Bueno, nos casamos en el Registro Civil y después nos vamos a uno de esos restaurantes con jardines y aves. Me imagino que ahí tendrán un trío o un grupo para que te esté tocando música todo el tiempo. Que te canten “Usted”, esa rola de Luis Miguel. *(Puede cantar alguna estrofa de esa canción)*

ELSA.- Eso es muy caro.

SIMÓN.- El dinero sirve para darse gustos y si ése es el mío...

ELSA.- Suena bonito todo esto. ¿Por qué no lo hiciste antes de hoy? ¿Por qué me lo dices en este momento?

SIMÓN.- Bueno, yo...

ELSA.- Ya sé. Me prometes nuevas cosas para quitarte la responsabilidad de lo de hoy, para salvarte. ¡Eres un cobarde! Eso eres. Por mí ya te puedes ir. Ve a conseguir la música que le van a tocar a tu futura mujer, si es que la consigues... *(Simón molesto la mira un largo rato. Ella acepta el desafío)*. Estoy esperando que te largues. Ya vete, ¡vete!

SIMÓN.- ¿De verdad eso es lo que quieres, que me vaya?

ELSA.- Claro que sí, no me haces ninguna falta.

SIMÓN.- Y cómo le vas a hacer.

ELSA.- Yo sabré. Existe el metro, los edificios altos, los ríos.

SIMÓN.- No te vas a atrever.

ELSA.-¿ Cómo lo sabes?

SIMÓN.- Nunca te has atrevido a nada. Todo quieres que te lo hagan los demás. Lo bueno y lo malo. Dependes de tus padres, de tus hermanos, de tus jefes, de tu ex.

ELSA.- De mis padres sí, y quizás de mis hermanos, pero no de mis jefes y menos de mi ex, como tú lo llamas.

SIMÓN.- ¿No? Dime entonces para qué lo buscas tanto. Ahí andas de...

ELSA.- Lo busco para que me de dinero para mi hija. Sólo para eso.

SIMÓN.- Permíteme que lo dude. Tú me acabas de decir que nunca te da nada y tú sigues buscándolo. Has de querer que te de otras madrizas como las que te acomodaba. Hasta eso debes de extrañar.

ELSA.- Creí que algún día sí me iba a soltar la lana. Tú no te puedes imaginar lo que es estar sin dinero cuando se necesita.

SIMÓN.- Siempre se necesita.

ELSA.- Cuando no hay para pagar al médico, cuando no se puede completar el gasto, cuando te van a correr de la casa por no pagar la renta.

SIMÓN.- Yo te he ofrecido ayuda, nunca la has aceptado.

ELSA.- Tú no tienes ninguna obligación. Él es el papá. Tú...

SIMÓN.- Ya sé, no soy nada ni nadie, pero sí el güey que se tiene que joder la vida junto a ti.

ELSA.- Ya te pedí que te vayas.

SIMÓN.- Síguele y no me voy a quedar con las ganas...Hace mucho tiempo que tengo necesidad de darte un par de chingadazos de poca madre para ver si así reaccionas.

ELSA.- Dámelos.

SIMÓN.- ¿Y tú que creíste? Ya te oigo: “Este pendejo me va a dar una tranquiza y ya va a ser igual a mi ex”. Pero no chiquita, no somos iguales. Y de eso a que no te los merezcas sí hay un gran trecho. Y no sólo dos, sino varios chingadazos. Unos por dejada, otros por indecisa, otros por chantajista, otros... Yo también me los

merezco, eso lo reconozco. Unos por pendejo, por hacerte caso, por meterme en esto, por... Lo malo es que ni yo te los doy ni hay quién me los de a mí.

ELSA.- Quiero estar sola, quedarme sola.

SIMÓN.- ¿Con pistola o sin pistola?

ELSA.- Con.

SIMÓN.- Ya ves, sigues creyendo que soy tu penitente. Me voy, tú te matas y luego yo voy al bote por el resto de mi puta vida. ¡Cómo no! Todos los jueces me acusarán de haberte matado y después huir. La pistola está registrada a mi nombre, el güey que cuida esta mierda de hotel me vio entrar contigo y para qué seguir.

ELSA.- Puedes irte con la pistola. No me importa.

SIMÓN.- Ya te dije que cuando yo decido algo, lo hago. Me costó un huevo y la mitad del otro aceptar que nos matáramos. Siempre te dije que no, que lo pensaras, que esto y que l'otro, que tu hija, que tu juventud, que la chingada. Y tú me convenciste con eso de que no le hacemos falta a nadie, que no tenemos futuro, que la vida vale un carajo. Y sí, eso vale. Y ahora me sales con que me vaya. Qué fácil, ¿no? Te voy a decir que hice hoy en mi chamba, para que estés enterada.

ELSA.- No me interesa.

SIMÓN.- Aunque no, te lo voy a decir. Con esto de que nos vamos a dar chicharrón me presenté ante mi jefe y le dije hasta de lo que se iba a morir. Le dije que él sí podía volarse toda la lana del mundo y darse la buena vida mientras acá, sus pendejos, nos teníamos que fregar el lomo todo el santo día. Lo mandé por último a chingar a su madre, a él y a todos los del gobierno. (*Ríe con ganas*). Nomás por ver la cara que puso vale la pena el balazo que me voy a dar hoy. Imagínate, yo, su brazo derecho, cómo me decía; yo que siempre chequé a tiempo, que hice lo que a él se le hinchaba, que me reía de sus chistes, que iba a donde me decía, que... ¡Todo! Y ayer que le digo lo transa que es, le recalco en la cara todas las chingaderas que hizo, a todas la viejas que obligó a acostarse con él. En un

momento hasta creí que iba a sacar su fusca que tiene en el cajón y que me iba a dar un balazo. Pero no, ése como muchos otros, son perros que no ladran. Y yo sí ladro. *(Ríe. Se pone a ladrar. Vuelve a reír. Elsa molesta lo contempla)*

ELSA.- Eso es lo que siempre has sido, un perro. Un perro para lamerle las botas a tu jefe, a mí...Un hombre jamás se hubiera dejado convencer igual que tú de matar y de matarse. Eso lo hace sólo un...Mejor no digo.

SIMÓN.- Dilo.

ELSA.- Para qué. Tú bien sabes lo que eres.

SIMÓN.- Mira quién habla. Si yo soy un lameculos, cómo tú piensas, tú eres una a la que nadie quiere. Una malquerida.

ELSA.- Esa ya lo sé, por eso quiero matarme. ¿Si alguien me quisiera tú crees que me iba a matar? Estaría mal de la cabeza. Nadie me quiere, ni mis padres ni mi hija. ¡Nadie!

SIMÓN.- Yo.

ELSA.- ¿Tú? Cómo no. A ti te valgo, simplemente soy una cosa para que metas tu cosa. Así de fácil.

SIMÓN.- Estás equivocada. Si no te amara no haría lo que voy a hacer.

ELSA.- Lo vas a hacer por ti, no por mí. Yo te di la idea pero tú eres el que lo va a llevar a cabo. Qué fácil echar la culpa a otro.

SIMÓN.- Eres la primera mujer a la que de verdad amo. Te lo juro. Es más. Te voy a decir para qué vine hoy aquí.

ELSA.- No quiero oír nada.

SIMÓN.- Vine para hacerte el amor, a enseñarte que eso es mucho mejor que morir, vine a ofrecerte mi blanca mano.

ELSA.- Viniste a meterme tres balas.

SIMÓN.- Vine a meterte otra cosa, algo que te va a gustar y no digas que no. ¿Qué? ¿Aceptas o no aceptas mi proposición? Mira que no me ando ofreciendo a cada rato.

ELSA.- Gracias, pero da la maldita casualidad que no te lo creo. Siempre mientes. No creas que no estoy enterada de que andas con otras, sobre todo esa Alicia de tu oficina.

SIMÓN.- Es mi compañera de trabajo.

ELSA.- ¿De trabajo o de cama?

SIMÓN.- Mira, yo...

ELSA.- Vamos a dejarlo. Tú eres libre para hacer lo que quieras. Ni eres mi marido, ni mi novio, ni nada.

SIMÓN.- Pueda que tengas razón. No soy nada para ti. Aunque yo pensé que al menos...

ELSA.- No pienses. Ya ves, por pensarlo no hemos hecho a lo que vinimos.

SIMÓN.- ¿Si lo dejamos para después? No sé, en un mes o dos. Faltan tres días para la Navidad.

ELSA.- Ni me recuerdes la pinche Navidad. ¡Bella fiesta! La familia entera reunida para comer romeritos y bacalao noruego que no es bacalao sino pescado de Veracruz. Todos hipócritas, deseándonos felicidades mientras por dentro nos deseamos pura mierda. Y eso nos regalamos. Pura mierda. Nada de lo que de verdad queremos. En lugar del vestido y los zapatos que hagan juego, una loción chafa. En lugar de los juguetes que ve mi hija en la tele, un rompecabezas. En lugar de... Siempre en lugar de. Mierda en lugar de.

SIMÓN.- Algún día podremos comprar lo que queramos. Se puede comprar a plazos.

ELSA.- ¡Nunca! Lo que ganamos apenas y alcanza para medio comer.

SIMÓN.- Podemos conseguir otra chamba. Trabajar de tarde o noche.

ELSA.- ¿Sabes cuánto tiempo hago a mi trabajo? Hora y media. Hora y media de ida y hora y media de regreso, eso si me va bien. Súmale estas tres horas a las ocho de chamba, ya son once. ¿De dónde voy a sacar otras once para el otro trabajo? Y esto sin contar lo de la casa.

SIMÓN.- Mira, nos juntamos, (*Ríe*), en todos sentidos. Lo que tú ganas, lo mío, lo que le vayas a sacar a tu ex y alguna chambita extra...y ya la hicimos.

ELSA.- Lo mío, lo tuyo y lo demás alcanzará para tus pedas. Sólo para eso.

SIMÓN.- Te prometo ya no tomar. Bueno, no tan seguido. Sólo los fines de semana.

ELSA.- Y cuando haya partidos de futbol.

SIMÓN.- Bueno, esos días ni modo de no tomarse una helodia.

ELSA.- Y los cumpleaños.

SIMÓN.- Ni modo de no festejarte, por ejemplo.

ELSA.- Y cuando lleguen tus amigos.

SIMÓN.- Ni modo de no agasajar a las visitas.

ELSA.- Y de ni modo en ni modo se va toda la lana.

SIMÓN.- Ya ves cómo eres. Uno que quiere festejar a todo el mundo.

ELSA.- Uno que quiere emborracharse. Eso es todo.

SIMÓN.- A propo, ¿cómo la ves si voy a comprar otra botelluca?

ELSA.- Ve. Y procura no regresar. Te la tomas a mi salud, aunque ya no tendré ninguna salud.

SIMÓN.- Me quedo.

ELSA.- ¿Para qué seguimos alargando todo esto? Si lo vamos a hacer que sea de ya.

SIMÓN.- Necesito ir al baño.

ELSA.- ¿Para?

SIMÓN.- Cómo que para. Para lo que se va normalmente.

ELSA.- Te haces aquí, en la cama.

SIMÓN.- Voy al baño.

ELSA.- Cómo quieras.

Simón se levanta, va al baño. Cierra la puerta. Elsa se queda viendo la puerta del baño. Se levanta. Busca la pistola en el buró y entre la ropa de Simón. Al fin la encuentra. Se acuesta. Contempla un largo rato el arma. Se la pone en la sien y en la boca. Después la baja y apunta al tórax. Sonríe. Se escucha que se abre la puerta del baño. Ella esconde bajo la ropa de cama la pistola. Simón se vuelve a acostar. Le pone la mano en el brazo desnudo de Elsa.

ELSA.- ¡Cochino!

SIMÓN.- ¿Me dices cochino por ir al baño?

ELSA.- No es por eso. No te lavaste las manos. Las traes secas.

SIMÓN.- Para eso son las toallas, para secarlas.

ELSA.- Las manos cuando se lavan se enfrían y tú la traes caliente.

Le retira bruscamente la mano. Él ríe.

SIMÓN.- Y no solamente tengo calientes las manos. *(Trata de abrazar y ponerse encima de Elsa. Ella lo rechaza. Él, jugando, vuelve a insistir. La medio desnuda, la besuquea. Ella con fuerza lo rechaza. Él termina por ofenderse).* A mí nadie me rechaza, pendeja. .

ELSA.- Díselo a las viejas con las que andas, no a mí.

SIMÓN.- A ti es a quién estoy hablando.

ELSA.- No oigo. *(Simón la toma de los cabellos y la acuesta. Ella se defiende pero no puede hacer mucho).* Me lastimas, animal.

SIMÓN.- ¡Ruégame que te haga el amor!

ELSA.- Te digo que me sueltes.

SIMÓN.- Primero me ruegas.

Elsa en un movimiento puede librar la cabeza. Muerde en el brazo a Simón. Éste se queja. Furioso le tira un golpe o una cachetada. Ella se asusta. Después llora.

ELSA.- ¡Eres un desgraciado!

SIMÓN.- Ya veo que tú sólo entiendes a golpes. Ya voy entendiendo a tu ex.

ELSA.- A él no lo metas en lo nuestro.

SIMÓN.- Yo hago lo que se me hinchen. ¿Entendiste?

ELSA.- Igual de macho que todos. No podías ser diferente. Lástima que tu machismo no lo demuestres en tu trabajo ni con los demás hombres. Ya hasta estoy dudando de ti.

Simón la vuelve a agarrar de los cabellos. La sacude. Ella grita de dolor.

SIMÓN.- Repite lo que dijiste.

ELSA.- Perdón.

Simón bruscamente la suelta. Se le queda mirando. Ella se soba la cabeza. Hace cara de dolor.

SIMÓN.- ¿Otra vez vas a empezar a pedir perdón?

ELSA.- Me dolió.

SIMÓN.- De eso se trataba. ¿O no?

ELSA.- (*Le sonrío coquetamente*). Siempre sí.

SIMÓN.- ¿Siempre sí, qué? Habla claro.

ELSA.- Que sí quiero que me hagas el amor. Será lo último que hagamos en la vida. Es una bella forma de morir.

SIMÓN.- Nunca me has dicho qué vas a ganar con morirte. Me has dicho que te quieres morir, pero nada más. Uno hace las cosas para algo.

ELSA.- ¿Quieres saberlo?

SIMÓN.- Sí tú quieres.

ELSA.- Es una larga lista.

SIMÓN.- Bájale, ¿no? ¿Te pregunté qué piensas ganar tú, no los demás? Yo al morirme no voy a ganar nada de nada. Eso me queda claro. Cuando mucho que hablen de mí dos o tres días en el trabajo y en mi familia. Después ni eso. ¿Y sabes que van a decir esos dos días?

ELSA.- Que moriste por amor.

SIMÓN.- No, van a decir que qué pendejo soy. Que matarse por una vieja es una pendejada de marca. Ya los veo riéndose a mis costillas. “¿Te enteraste que el pendejo de Simón se dio un tiro por una vieja?” “Sí, el muy pendejo se creyó no sé qué” (*Se ríe con amargura de lo que está diciendo*).

ELSA.- Ya te dije no sé cuántas veces que no lo hagas, que te largues. Eso es lo que piensas tú, no tus cuates. Tú estás seguro que no vale la pena ningún sacrificio por una mujer. Y esa mujer soy yo.

SIMÓN.- Y yo te dije que lo que prometo lo cumplo. Y prometí que nos íbamos a chingar la madre tú y yo.

ELSA.- Te pedí que hiciéramos el amor como despedida.

SIMÓN.- Ya no quiero.

ELSA.- Por favor. (*Saca la pistola*). Ten la pistola. Cuando me veas más excitada disparas.

SIMÓN.- ¿Cuándo la agarraste?

ELSA.- Cuando fuiste al baño.

SIMÓN.- Dámela.

ELSA.- Ya te dije cuando.

SIMÓN.- Te digo que me la des.

ELSA.- ¿Y si en lugar de ti yo soy la que disparo? Tú morirás primero.

SIMÓN.- No te vas a atrever.

ELSA.- ¿Quieres probarlo?

SIMÓN.- Yo estoy listo. Dispara.

Elsa lo apunta con la pistola. Simón sonríe irónicamente. Ella mantiene un largo rato la pistola en la misma posición. Poco a poco la baja. Se la entrega a él.

ELSA.- Tú tampoco te vas a atrever.

SIMÓN.- Te haré la misma pregunta que tú me hiciste. ¿Quieres probar?

ELSA.- Sí.

Simón apunta a Elsa. Ella tiembla de miedo pero no dice nada. A él termina por temblarle la mano.

ELSA.-¡ Dispara, dispara ya!

Simón sigue apuntando. Tiene una gran lucha interior. Termina por bajar el arma. La arroja a la cama. Ella furiosa lo golpea en el cuerpo. Él se deja hacer. Ella se pone a llorar. Él la abraza. Ella se aparte de él. Sigue llorando.

ELSA.- ¡Cobarde, cobarde!

SIMÓN.- No pude.

ELSA.- Sólo tenías que apretar el gatillo. No es tan difícil.

SIMÓN.- Perdóname.

ELSA.- Ya ves, ahora eres tú el que pide perdón. ¿No que te caga que pidan perdón?

SIMÓN.- No puedo hacerte daño.

ELSA.- Eso no es daño. Daño me haces al dejarme vivir. Entiende que no amo la vida.

SIMÓN.- Tu hija te ha de estar esperando.

ELSA.- ¡No me hables de mi hija!

SIMÓN.- Tengo que hacerlo. Ella te pertenece, es tu responsabilidad. No la puedes dejar así, sin padre ni madre.

ELSA.- Nunca he sido buena madre. Mi hija no me necesita. Nadie me necesita.

SIMÓN.- Lo que pasa es que estás loca, loca de remate. No sé cómo te he hecho caso.

ELSA.- ¡Ya mátame! ¡Cumple tu promesa!

SIMÓN.- Lo que voy a hacer es largarme. *(Se levanta. Va a buscar su ropa. Empieza a vestirse).*

ELSA.- Eso debiste hacer hace mucho, ¡cobarde, hijo de mierda!

SIMÓN.- No te voy a matar pero si sigues te voy a dar en la madre, imbécil.

ELSA.- ¡Atrévete! Para eso se necesitan huevos y tú no tienes.

Simón furioso se trata de acercarse para golpear a Elsa. Ésta toma la pistola y lo amenaza. Él se detiene.

SIMÓN.- No vale la pena pegarle a una perra como tú.

ELSA.- Una perra que sí puede morder, en cambio un perro como tú sólo ladra.

¡Perrito, Cachorrito! *(Hace sonidos como para llamar a un perro. Se ríe de Simón.*

Éste, furioso, termina de vestirse. Ve con furia a Elsa).

SIMÓN.-¡ Chinga tu madre!

Después del insulto se dirige a la puerta para salir. Elsa dispara hacia el techo. Él, asustado, se detiene.

ELSA.- Nada de que te vas. Primero tienes que dispararme. Ten.

Le tiende la pistola. Simón no sabe que hacer. Se decide a recoger la pistola. Ya que está cerca de la cama Elsa le dispara en dos ocasiones. Él cae muerto. Elsa asustada lo contempla. Después se coloca el arma para dispararse a ella misma. No puede. Cambia la dirección del arma a distintas partes de su cuerpo: sien, boca, corazón. Suda. Empieza a temblar. Arroja el arma. Se levanta, ve el cadáver sin poder creer lo que sucede, pide perdón nuevamente, como lo ha hecho en repetidas ocasiones.

ELSA.- ¡Perdón, perdón! ¡Perdón!

Se hace oscuro total. Se cierran las cortinas rápidamente.

.

FIN

RESUMEN: Una pareja está en un hotel de paso. Nos enteramos que han decidido quitarse la vida a instancias de ella. Hacen el amor, hablan, se arrepienten, vuelven a aceptar suicidarse. Él se arrepiente. Ella lo mata de un balazo, cuando trata de matarse ella misma no puede.

PERSONAJES: Un hombre y una mujer.